

Murciélago de Bechstein asido a la corteza de un viejo árbol en la Alta Garrotxa

GALANTHUS

Crías de tortuga verde a un paso de su bautizo marino en una playa chipriota

E. DURANY



Animales obstinados

A pesar del deterioro de su hábitat, ciertas especies se aferran a la vida Sergi García

Se imaginan ustedes una playa del país absolutamente vacía, en un soleado día de un 11 de agosto? Con lupa habría de hallarse en el litoral mediterráneo del siglo XXI. Turismo de masas y masas de cemento son ahora las constantes más conspicuas de nuestra costa, y el fenómeno va a más; en la actualidad 24 millones de personas viven permanentemente en el litoral español, a los que debemos sumar la mayoría de los aproximadamente 50 millones de turistas que nos visitan cada año.

En conjunto, la presión ambiental es altísima y como la modificación severa del entorno se apunta como uno de los disturbios más aniquiladores de la biodiversidad, cabría pensar que los elementos naturales ribereños están pasando un mal momento, y así es por regla general. Sin embargo, la naturaleza es, ya saben, caprichosa. El 11 de agosto pasado un bañista encontró en la playa de Puçol, población situada a unos 20 kilómetros de Valencia, una puesta de tortuga boba (*Caretta caretta*). Este hecho, es extraordinariamente excepcional.

Bien documentados tenemos pocos antecedentes: en el 2001 una tortuga decidió hacer su puesta en Vera (Almería), en 1992 seguramente hizo lo propio otra en el delta del Ebro y, finalmente, en años anteriores en Málaga tuvo lugar ese mismo y feliz acontecimiento. Nada más.

Tortugas valencianas

Los huevos de la tortuga hallados en Valencia, blancos y de textura apergamada, fueron cuidadosamente desenterrados de la arena por técnicos de la administración autonómica y transportados a una playa perteneciente al Parque Natural de la Albufera, y vueltos a enterrar; allí, vigilados estrechamente por un equipo formado por decenas de personas, finalmente eclosionaron, concluyendo así un largo y atribulado ciclo biológico.

El conseller de Territorio, Esteban González Pons, se apresuró a rentabilizar políticamente el nacimiento. Pa-

ra el conseller, la llamada tortuga boba, siendo como es tan exigente con el estado de las costas, si ha escogido para desovar las de su comunidad es porque la política urbanística, que tanto se critica, no puede ser tan mala.

Podría pensarse incluso que es buena, por lo que quizá fuera aconsejable recuperar las poblaciones de tan amenazada especie a golpe de más ladrillo. Mientras, pendiente de aplicación definitiva dicha estrategia, la tortuga boba va sucumbiendo al deterioro de las playas, a las redes de deriva, a los palangres y a la contaminación.

De momento, y quizá por no ser precisamente boba, prefiere como puntos de reproducción las pulcras, bellas y serenas playas del mediterráneo oriental, menos populosas y consiguientemente más tranquilas. Aunque qué duda cabe, cuando no quepa

apresuradas, corren al agua, a salvarse primero de los predadores terrestres, luego nadarán frenéticamente a refugiarse de los predadores marinos. Irán creciendo a medida que se alimenten de crustáceos, moluscos, peces y también de algunas especies de medusas, que no de todas.

Una larga y complicada vida

Pasarán años, muchos años, hasta que alcancen un tamaño similar al de sus madres y pesar entre 100 y 200 kilos. Quizá vuelvan a las mismas playas donde nacieron para excavar su trabajoso nido y quizá se las encuentren igual o quizá no, y ondee una flameante bandera azul, y se topen con pasarelas, duchas y chiringuitos. Con todo, la tortuga boba es la especie de tortuga marina más frecuente en nuestras aguas, mucho más frecuente que

das, se trataba de un murciélago ratonero forestal o de Bechstein (*Myotis bechsteini*), un animal considerado en peligro de extinción. Es la primera vez que se cita la especie en Catalunya, donde antes únicamente se habían hallado restos fósiles. Pronto se descubrió el refugio que ocupaba, donde se han llegado a contar 24 individuos más, la agrupación más grande nunca hallada antes en la península ibérica.

Estos murciélagos viven en los bosques maduros, cuyos árboles viejos, de arrugadas formas y abundantes oquedades, les sirven de refugio, aunque también ocupan grietas y fisuras en roca y aun en edificaciones. Probablemente se trate del murciélago más raro y escaso de Europa. Su vuelo, lento, parsimonioso pero ágil, le permite capturar invertebrados no voladores, como arañas, orugas, ciempiés y opiliones, que caza en la superficie de la vegetación o del suelo, aunque también captura insectos en vuelo.

Hace alrededor de 5.000 años, según el registro fósil, era una de las especies de murciélago más abundantes. Sin duda, su situación actual responde a la desaparición de los bosques maduros y viejos que, antes de su explotación masiva, poblaban la vieja Europa.

Los murciélagos son animales considerados beneficiosos en tanto que insectívoros, no obstante la mala fama que injustificadamente arrastran. Como que en algunas ocasiones utilizan construcciones humanas para residir, refugiarse o reproducirse, no es extraño que sean expulsados sin miramientos y condenados, según la época del año, a una muerte segura, cuando no son eliminados directamente. Estos animales están protegidos por la legislación europea, la estatal y la autonómica.

A pesar de todo, el murciélago y la tortuga se obstinan en perdurar, en negar el cementerio marino y en afirmar el bosque animado. Se empeñan en sugerirnos que la naturaleza también puede ser caprichosa con nosotros. ●

El conseller valenciano de Territorio halla justificación en las tortugas bobas

ni un adosado más aquí, se continuará por allí. Hoy existen poblaciones nidificantes en la isla Zakynthos (Grecia), sur de Turquía, Chipre y Libia.

Las hembras acuden a las playas de esos lugares a principios del verano a desovar. Los machos, en cambio, no abandonarán nunca el mar. Tímidas, cualquier molestia puede truncar la puesta. En plena noche, se orillan, avanzan torpemente en un medio que hace millones de años fue el suyo, hacen un agujero en la arena, ponen los huevos, alrededor de un centenar, los tapan y regresan al agua. El proceso dura aproximadamente una hora. Pueden realizar varias puestas por temporada.

Entre 40 y 70 días después, dependiendo de la temperatura, que también determina el sexo de los embriones, nacen las tortuguitas, tan pequeñas que se pueden acomodar perfectamente en la palma de una mano, y

la tortuga verde (*Chelonia mydas*), también reproductora en el oriente mediterráneo o que la gigantesca tortuga laúd (*Dermochelys coriacea*), ambas especies de amplísima distribución y que en alguna ocasión han sido citadas en nuestro litoral.

Si el conocimiento que se tiene de las tortugas marinas en las costas españolas es escaso, el de los murciélagos no lo es menos. La mayoría de especies guardan sus secretos en los cavernosos misterios de sus refugios y en la oscuridad. Algunas, en concreto, son especialmente escasas y raras.

La asociación Galanthus, con la colaboración del Museo de Granollers, está inventariando las especies de quirópteros del Espacio de Interés Natural de la Alta Garrotxa. Hace algunos días, en uno de los dispositivos de captura, se cobró un ejemplar de grandes orejas y buen tamaño. El aspecto y las biometrías no dejaban lugar a du-

